

EL COMPORTAMIENTO POLITICO-ELECTORAL DE LOS GALLEGOS

JOSE L. SEQUEIROS TIZON
y JULIO G. SEQUEIROS TIZON

De la gran variedad de facetas, muchas de ellas aparentemente contradictorias, que presenta el comportamiento político-electoral del pueblo gallego, las dos características que mejor lo definen y particularizan electoralmente son las que se ponen de manifiesto en una masiva inhibición ante las urnas y, entre aquellos que emiten su voto, en un claro apoyo a las formaciones de derecha.

Si el porcentaje que alcanza la abstención en la mayoría de las consultas electorales correspondiese a una determinada formación política, no cabe la menor duda de que ésta sería la más representativa de la voluntad de los electores; esta masiva inhibición nos muestra, soterradamente, el exiguo nivel de integración política de amplísimas franjas de la población gallega. Por otro lado, el que aquellos que sí participan manifiesten un desusado apoyo a los partidos de derechas (ya que, por ejemplo, una sola formación política —Unión de Centro Democrático— roza o alcanza en solitario la mayoría absoluta de los sufragios en varias consultas electorales) no hace más que plasmar el escaso desarrollo del pluralismo ideológico que tiene lugar en la sociedad gallega. A pesar de las oscilaciones que en cada consulta sufren estas dos características, su permanencia a través del tiempo, de las transformaciones económicas y políticas y de las diferentes circunstancias históricas en que cada una de las consultas ha sido realizada, nos impiden considerarlas como manifestaciones atípicas o esporádicas del comportamiento político-electoral del pueblo gallego, sino que, por el contrario, nos exigen catalogarlas como manifestaciones «estructurales» del mismo.

Estas características, que se encuentran profundamente interrelacionadas,

tanto entre sí como con el entorno o base socioeconómica regional, conforman lo fundamental del comportamiento político en Galicia, tanto en su pasado como en su presente y, como veremos, en un futuro inmediato.

UN ELECTORADO QUE SE QUEDA EN CASA...

En las consultas electorales que se inician en 1976 con el referéndum de la Reforma Política, hasta el correspondiente al Parlamento Autonómico, el electorado gallego nos ha proporcionado una serie de datos sobre su conducta que permiten advertir con toda claridad el desinterés que rodea cualquier consulta electoral y que, sin lugar a dudas, supera ampliamente el que se observa en el resto de España. Sin embargo, a nuestro juicio, este comportamiento en el pueblo gallego responde a unos orígenes y condicionamientos marcadamente diferentes. En efecto, el censo electoral gallego representa un escaso 8 por 100 del censo electoral español, porcentaje que disminuye al incluir a los mayores de dieciocho años y establecerse, a ese nivel, la mayoría de edad (disminución que no es más que la traducción aritmética del mayor envejecimiento de la población gallega en relación a la española). Ahora bien: constituyendo los gallegos cerca del 8 por 100 del censo electoral español, aportan alrededor del 12 por 100 del total de abstencionistas; es decir, de los ocho millones de españoles que no suelen acudir a las urnas, un millón son gallegos.

Numéricamente, la participación observada en cualquier provincia gallega y en cualquier consulta electoral, ha sido siempre inferior a la media española, inferioridad en la que, en un análisis comparativo Galicia-España, la primera sobrepasa a la segunda en más de un 15 por 100 (cuadro 1). Du-

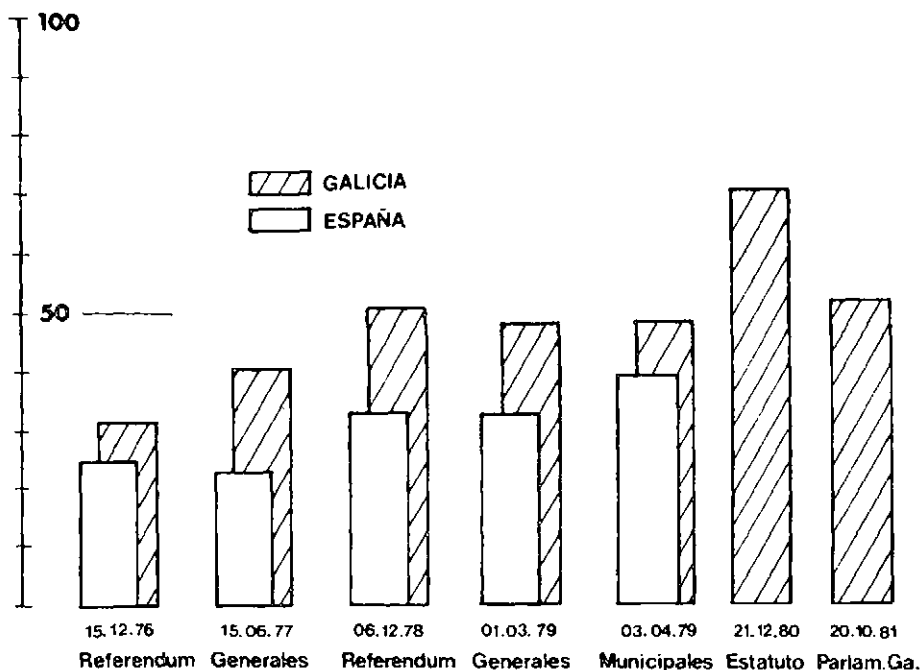
CUADRO 1

ABSTENCION (porcentajes)

Consultas	La Coruña	Lugo	Orense	Pontevedra	Galicia	España
Referéndum 1976...	30,45	30,17	37,33	28,45	30,99	24,80
Generales 1977 ...	38,62	44,45	47,48	34,52	40,64	22,80
Referéndum 1978...	45-67	58,15	59,46	47,68	50,50	33,01
Generales 1979 ...	46,55	50,51	57,84	45,18	48,62	32,00
Locales 1979	49,05	42,67	57,02	47,00	48,77	39,76
Estatuto 1980	67,88	81,77	78,74	68,23	71,60	—
Parlamento G. 1981	52,35	57,49	58,52	50,56	53,62	—

GRAFICO 1

EVOLUCION Y MAGNITUD DE LA ABSTENCION



rante el período que tratamos (1976-81) la abstención en la provincia de La Coruña supera el 40 por 100 en cuatro de las seis consultas realizadas; en Lugo, en cinco (y además, en tres ocasiones se sobrepasa la mitad del censo); en Orense, por su parte, se rebasa el 40 por 100 de abstención en cinco consultas y el 50 por 100 en cuatro; en Pontevedra, el primer porcentaje es superado en cuatro ocasiones y el segundo en una. Teniendo en cuenta que en España no se ha alcanzado nunca un porcentaje del 40 por 100 de abstención, el que en Galicia, excepto en el Referéndum de Reforma Política, se haya superado constantemente es claramente significativo. Estas diferencias, no solamente cuantitativas, quedan representadas en el gráfico núm. 1, donde se destaca con nitidez la enorme abstención habida en el Referéndum de Autonomía de Galicia.

Un tratamiento del problema abstencionista que conviene realizar cuanto antes es aquel que ilumina la localización geográfica del fenómeno, localización que permitirá identificar en qué parte del cuerpo social se registra con más intensidad y, al mismo tiempo, determinar también, a través de un aná-

lisis de geografía cuantitativa, qué fenómenos sociales son, en Galicia, concomitantes con las elevadas abstenciones que se han ido mostrando a lo largo de los últimos comicios electorales.

En este sentido, si elaboramos un mapa donde señalemos, para todos y cada uno de los 312 municipios en que se encuentra dividida Galicia, aquellos que han superado la media gallega de participación electoral, se comprueba con toda claridad cómo dicha participación (medida en tantos por ciento sobre el censo electoral de cada municipio) es muy superior a la media gallega en los municipios de la geografía costera —sobre todo en aquellos que están ubicados en las Rías Bajas— y, asimismo, en los municipios de la provincia de Pontevedra, en las zonas de influencia de los principales núcleos urbanos (de carácter industrial-servicios) y en municipios sueltos, que no llegan a formar ningún *continuum* geográfico de relevancia, y en los cuales predomina un ligero proceso de urbanización e industrialización que lleva camino de consolidarse. En este último caso se encontrarían los de Monforte, el Barco, Villalba, etc., en los que, en alguna ocasión, se ha superado la media gallega de participación electoral. La abstención, por su parte, en la consulta de 1977, superó el 60 por 100 del censo electoral en multitud de municipios de la Galicia interior (principalmente en las provincias de Orense y Lugo), porcentaje que alcanza el 70 por 100 en municipios tales como Frades, Begonte, Baltar, Paradela, Cualedro, Trasmiras, etcétera, y, además, en aquellos otros situados en la alta montaña, tanto en Pontevedra como en el oriente lugués y orensano.

Este porcentaje, por el contrario, se mantiene semejante a la media española (en torno al 20 por 100) en las áreas de influencia de los principales núcleos urbanos de Galicia —principalmente alrededor de Vigo y El Ferrol— alcanzando en los otros núcleos porcentajes ligeramente más elevados. De todos modos, se debe señalar que la abstención en 1977 se distribuyó de un modo muy equilibrado por la geografía gallega, de tal manera que las diferencias intermunicipales son mucho menos acusadas en esta consulta que en las ocasiones posteriores.

En el referéndum constitucional de 1978 la abstención se polariza sobre el espacio, superándose ya en muchos municipios el 70 por 100, porcentaje que alcanzan —además de las zonas señaladas anteriormente— los alrededores de Santiago de Compostela (Boimorto, Frades, Mesia, Toques, Tordoya, Torno, etc.), los de Lugo (Páramo, Paradela, Plas de Rey, Pastoriza, etcétera, donde este porcentaje llega a superar el 80 por 100), así como aquellos municipios cercanos a la capital orensana (Cartelle, Castrelo de Miño, Beade, Piñor, etc.). En definitiva, a las áreas de alta montaña, ya antedichas, se le añaden ahora las comarcas limítrofes con las zonas de influencia de las ca-

pitales interiores de Galicia. En contraposición, siguen siendo las áreas de influencia de las principales ciudades las que ofrecen unos índices de participación más elevados, seguidas de cerca por la participación en municipios de la geografía costera.

En la consulta siguiente, las elecciones generales de 1979, se observa, al igual que en 1977, un mayor equilibrio en lo que se refiere a la distribución espacial de la abstención, escaseando los términos municipales que superan el 80 por 100 e incluso aquellos que alcanzan el 70 por 100. Los porcentajes de abstención situados entre el 50 y el 70 por 100 son los dominantes en el mapa gallego en esta consulta electoral. Esta situación se altera completamente al estudiar los resultados del referéndum del Estatuto de Autonomía, en el que se sobrepasa el 90 por 100 de abstención en más de una decena de municipios, multiplicándose este número si tomamos en cuenta los que superan el 80 por 100 (más de un centenar). Los porcentajes más menguados se han obtenido, una vez más, en las zonas de influencia de las principales ciudades gallegas, pero en la mayoría de los casos sobrepasan ampliamente la mitad del censo electoral.

Aunque en las elecciones al Parlamento Gallego estos últimos porcentajes se reducen sensiblemente, la inhibición del electorado gallego logra la cota más elevada alcanzada en unas elecciones legislativas, el 53,62 por 100. La distribución geográfica no muestra perfiles significativamente diferenciados de los expuestos para las elecciones anteriores.

Este análisis, en base a lo que se ha dado en llamar «geografía electoral», nos permitirá averiguar y concretar los paralelismos que habrán de existir entre esta plasmación electoral y la que se ha obtenido para toda una serie de fenómenos económicos de enorme relevancia regional, tales como el propio proceso de industrialización, las áreas (comarcales) de reclutamiento de mano de obra rural para su utilización en sectores industriales o de servicios, etc., fenómenos todos ellos íntima y dialécticamente vinculados con el comportamiento político puesto de manifiesto por el pueblo gallego y su plasmación electoral.

UN VOTO INCLINADO A LA DERECHA

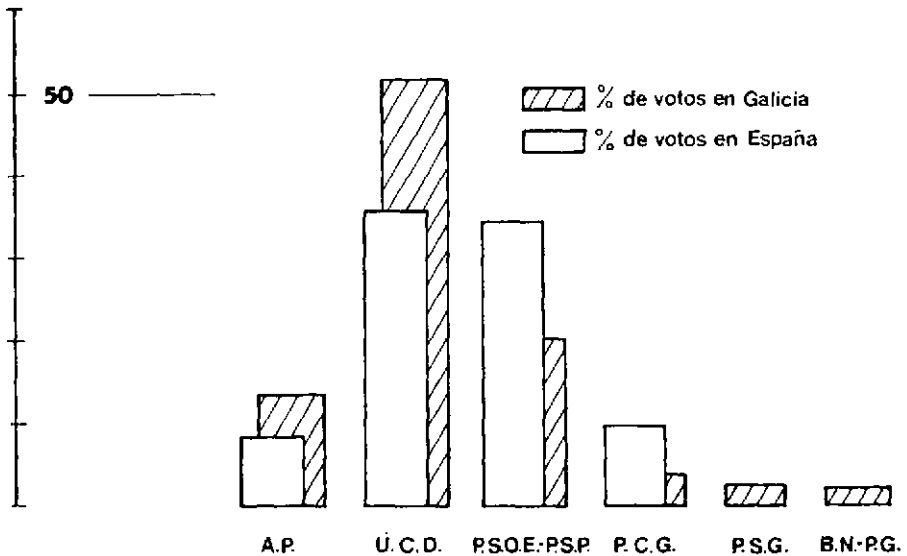
Prescindiendo de aquellos partidos de carácter electoral minoritario, esto es, tomando solamente aquellas candidaturas que tanto en 1977 como en 1979 y 1981 se han presentado en las cuatro circunscripciones electorales obteniendo más de un 1 por 100 de los votos, hemos confeccionado los gráficos 2 y 3 en los que se recogen los porcentajes de voto que en cada espacio

electoral han recibido las distintas candidaturas en comparación con los obtenidos por estas mismas formaciones en España.

En las elecciones generales de 1977 surge un fenómeno que se ha de reproducir más ampliamente en las de 1979 y, aunque con cierta remisión, también en las elecciones al Parlamento Gallego en 1981: un voto más acusadamente escorado hacia la derecha en Galicia que en el resto de España. Así, en las generales de 1977, Unión de Centro Democrático consigue, en el conjunto gallego, más de la mitad de los votos emitidos (concretamente el 51,72 por 100), mientras que esta alternativa no recibe en España nada más que el 35,31 por 100, diferencia que, por lo voluminosa (16,41 por 100), necesariamente ha de tener alguna clase de explicación. Si tenemos en cuenta al otro partido *stablishment*, Alianza Popular, la situación expuesta se ahonda: si en Galicia esta formación obtiene el 12,65 por 100 del total de votos válidos, en el conjunto del Estado su aceptación se reduce a un 8,4 por 100, diferencia que supera los cuatro puntos y medio.

En lo que se refiere al eco electoral de los partidos de izquierdas, la anterior situación se invierte de forma casi simétrica: si el Partido Socialista Obrero Español (con el Partido Socialista Popular) obtiene en España el 34,53 por 100 de los votos, la conjunción de ambos partidos no alcanza en Galicia el 20 por 100, diferencia que de nuevo es significativamente volumi-

GRAFICO 2
ELECCIONES GENERALES, 1977



nosa (14,56 por 100). El Partido Comunista en los comicios de 1977 casi logra el 10 por 100 de los votos españoles, mientras que no llega al 3 por 100 de los votos gallegos (2,97 por 100) en un decalaje que por lo reiterativo hace pensar que la clientela política gallega —el conjunto del censo electoral en general, y el grupo de votantes en particular— es una clientela, de suyo, específica y diferenciada del resto de los electores españoles.

Pasando por alto el voto nacionalista en estas elecciones —por lo poco representativo numéricamente hablando— y entrando en un análisis más pormenorizado, podemos observar cómo en la provincia de Orense UCD obtuvo prácticamente el 60 por 100 de los votos, sobrepasando la mitad del electorado votante en Lugo y Pontevedra y casi alcanzando este porcentaje en La Coruña. Este fenómeno constituye uno de los aspectos más llamativos del electorado gallego y en cuyo análisis sociológico y económico entraremos en páginas posteriores con un mayor detalle.

Alianza Popular, por su parte, presenta también una distribución geográfica de voto bastante equilibrada y muy próxima a su media regional, excepto en Lugo, provincia en la que AP supera ligeramente el 20 por 100 de los votos válidos emitidos.

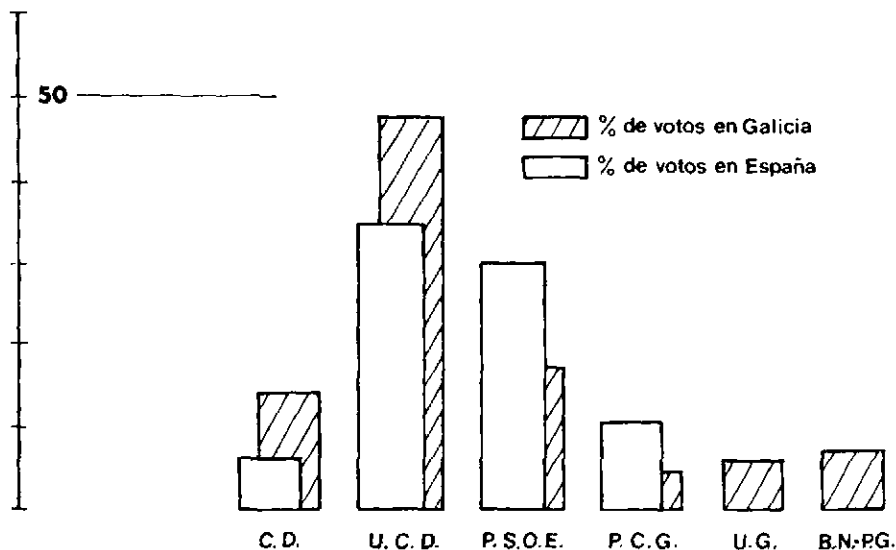
Si sumásemos los votos que UCD y AP logran en las elecciones generales de 1977, llegaríamos a la conclusión —puramente aritmética— que entre estas agrupaciones electorales sobrepasan el 70 por 100 de los votos emitidos en Lugo y Orense y el 60 por 100 en las otras dos provincias. Por el contrario, el voto PSOE (más PSP) se encuentra algo más heterogéneamente repartido, superando ligeramente el 20 por 100 en La Coruña y Pontevedra (llegando al 14 por 100 en Orense y al 12 por 100 en Lugo. El voto comunista presenta una estructura espacial muy similar a la anterior, superando el 3 por 100 en la costa y el 1 por 100 en el interior (Lugo, a estos efectos, lo consideramos como interior). En este sentido, la aceptación electoral de la izquierda española ubicada en Galicia ronda el 25 por 100 en La Coruña y Pontevedra y, lo que es revelador, no alcanza el 15 por 100 en Lugo, superándolo ligeramente en Orense.

Dejando al margen el marco provincial y fijándonos en el comportamiento electoral a nivel municipal, se puede decir —en síntesis y generalizando— que la izquierda española obtiene elevados porcentajes, sobre todo en aquellas áreas de elevada participación electoral (núcleos urbano-industriales y sus zonas de influencia, zonas geográficas costeras y aquellas en las que la agricultura a tiempo parcial tiene un grado significativo de desarrollo), pero, y eso debemos señalarlo, con porcentajes muy equilibrados entre sí por toda el área. A título de ejemplo indicáramos que el conjunto PSOE-PSP obtiene en Vigo el 29 por 100 de los votos; en Mos, el 32 por

100; en El Ferrol, el 29; en Narón, el 30; en La Coruña, el 31; en Lugo, el 29; etc., porcentajes que figuran entre los más elevados de Galicia. Por el contrario, en las zonas rurales la presencia del socialismo, aunque superior a la de los comunistas y a la de los partidos de ámbito orgánico regional, es sencillamente inferior tanto a su presencia en las áreas anteriores como, por otra parte, a la presencia de UCD-AP.

UCD supera la mitad de los votos en todas las zonas interiores de Galicia que no se ven afectadas por un núcleo urbano o industrial importante. Este partido llega a superar el 80 por 100 de los votos en diversidad de municipios y el 70 por 100 en grandes zonas de la Galicia interior. En relación al voto UCD y a su geografía municipal, se debe subrayar su complementariedad con el voto AP en el sentido de que a altos porcentajes en un partido se corresponden bajos en el otro, de tal modo que entre ambos abarcan la práctica totalidad del voto disponible en la Galicia rural e incluso, en ocasiones, en fragmentos de la costa gallega no predominantemente pesquera (Ponteceso, Jove, Carnota, etc.). La consideración aritméticamente conjunta entre UCD y AP nos lleva a concluir que su extensión supera ampliamente el 80 por 100 de los votantes, ámbito al que solamente se le sustraería la zona de afección urbano-industrial-pesquera, en la cual incluso pueden alcanzar entre ambos la mitad o más de los votos emitidos.

GRAFICO 3
ELECCIONES GENERALES, 1979



En las elecciones generales de 1979 se vuelve a reproducir el planteamiento anterior a pesar de las variaciones inherentes a las distintas coyunturas políticas a nivel de España. En efecto, UCD, obteniendo el 34,46 por 100 de los votos españoles, absorbe el 47,55 de los votos emitidos en Galicia (más de un 13 por 100 de diferencia), resaltando el caso de Coordinación Democrática (anteriormente AP) que obteniendo el 5,86 por 100 de los votos españoles duplica ampliamente este porcentaje en Galicia, llegando a alcanzar el 13,64 por 100 de los votos.

La situación del PSOE respecto al mercado electoral es la opuesta. Consiguiendo prácticamente el 30 por 100 de los votos en España, se queda sólo con el escaso 16,95 por 100 en Galicia. Por su parte, el caso PCE puede considerarse como paradigmático: mientras que en el conjunto de España supera el 10 por 100 de aceptación electoral, en Galicia no llega a alcanzar el 4 por 100 (3,95 por 100), siendo, en este caso, sobrepasado por las dos opciones nacionalistas, las cuales, y en relación a las generales anteriores, han obtenido un espectacular avance.

En esta consulta el PSOE pierde posiciones, equilibrando sus participaciones provinciales, y el PC logra ligeros incrementos en relación a su posición anterior. Por el contrario, el Bloque Nacional-Popular Gallego consigue vertiginosos ascensos en todas las provincias, sólo comparables a las de Unidade Galega en las provincias costeras, ascenso nacionalista que coincide con el ocurrido en otras zonas de España.

Efectuando un tratamiento, a nivel municipal, de este problema se nos repite —al menos parcialmente— el mismo panorama electoral que en las elecciones generales de 1977. El binomio UCD-CD sigue obteniendo sobre el 70-80 por 100 de los votos en la práctica totalidad de la Galicia interior, salvo en los alrededores de los centros urbanos e industriales, en los cuales el voto toma una inclinación hacia los otros partidos superior a la que se observa en el resto de Galicia.

En las elecciones al Parlamento Autonómico, las tendencias generales de voto, puestas de manifiesto por el electorado gallego en consultas anteriores, se confirman definitivamente. El conjunto de las formaciones políticas generalmente denominadas de derechas sigue en su lenta, pero continua, pérdida de aceptación electoral, y las de izquierda, en su también lento, pero constante, ascenso en las preferencias de los electores. Sin duda, el hecho más destacado de esta consulta, y ampliamente recogido y comentado por los medios de comunicación, ha sido la intensa reestructuración interna acaecida en el seno del electorado que apoya a fuerzas políticas de derecha (AP y UCD, básicamente) y que llega a conformar una estructura de voto con unos perfiles nitidamente diferenciados del habitual en otros espacios geográficos.

La constante pérdida de votos que sufría el partido del Gobierno desde las elecciones generales de 1977, recibe un fuerte impulso en esta última, hasta tal punto que le hace perder la amplia hegemonía electoral que se le había otorgado, cediéndole el primer puesto a AP y llegando, en la provincia de La Coruña, a retroceder al tercer puesto. Lo más significativo de este cambio de tendencia radica en la constatación de que el triunfo de AP en estas elecciones se debe fundamentalmente al apoyo que esta formación ha recibido en los mayores núcleos urbanos de Galicia; es decir, en aquellos ámbitos geográficos en los que los aparatos de poder local, montado sobre fidelidades personales de tipo tradicional, han perdido gran parte de su influencia social.

Tratando de sintetizar lo expuesto hasta el momento, podemos confeccionar un cuadro como el número 2, en el que se expresa la cuota de mercado electoral que cada partido obtiene en Galicia. Esto es: en 1977, de cada cien votos que obtuvo AP en España, el 10,56 los aportó Galicia. Otro ejemplo, pero en sentido contrario: en 1979, de cada cien votos que en España recibió el PCE, 2,22 los obtuvo de Galicia. Sin embargo, la información incluida en este cuadro sobrepasa con amplitud la expuesta anteriormente, ya que también aporta los «coeficientes de localización», es decir, el porcentaje anterior dividido por el porcentaje de votantes. En el caso de que un partido obtenga en Galicia un tanto por ciento de votos, acorde y equilibrado con el que le corresponde a los votantes gallegos en relación al conjunto de los españoles, este coeficiente valdrá la unidad; si un partido supera la unidad, indica que su aportación regional es superior a la que le correspondería en relación a los votantes españoles, y cuando

CUADRO 2
PORCENTAJES DE APORTACION GALLEGA A ESPAÑA
Y COEFICIENTES DE LOCALIZACION

	PORCENTAJES		COEFICIENTES	
	Generales 1977	Generales 1979	Generales 1977	Generales 1979
AP	10,56	13,87	1,57	2,33
UCD	9,82	8,23	1,46	1,38
PSOE	3,88	3,37	0,58	0,57
PC	2,07	2,22	0,31	0,37
Votantes	6,71	5,96	—	—

Coefficiente de localización = (votos obtenidos en Galicia) : (votos obtenidos en España) partido por (votantes en Galicia) : (votantes en España).

este coeficiente no llegue a dicha cifra, indicará exactamente lo contrario. Estos porcentajes nos muestran fidedignamente la inclinación del voto en Galicia que, como vemos, se dirige inequívocamente hacia AP y UCD. El electorado gallego, representando el 6,71 por 100 de los votos españoles en 1977, aporta el 10,56 por 100 de votos que AP obtuvo en España, y casi el 10 por 100 de los votos de UCD. Tal desequilibrio queda reflejado en sus coeficientes de localización, claramente superiores a la unidad: del orden del 1,57 para AP y del 1,46 para UCD.

Por el contrario, estos coeficientes no alcanzan la unidad en el caso del PSOE (0,58) y en el del PCE (0,31), situación que se repite otra vez en 1979, año en el que el PSOE se queda en un modesto 0,57 y el PCE en un raquítico 0,37; Alianza Popular, por su parte, más que duplica su apoyo en Galicia: 2,33 (con un porcentaje de votantes del orden del 5,96 por 100 de los españoles, Galicia aporta el 13,87 por 100 de los votos que AP obtiene en España). Esta situación, aunque no de forma tan acusada, prevalece también para UCD, tal y como nos indica un coeficiente de localización de 1,33.

Como ya hemos expuesto anteriormente en relación a la abstención, el voto orientado hacia partidos de derecha reviste en Galicia un carácter estructural, es decir, de cierta permanencia en el tiempo, y simultáneamente es un fenómeno concordante y coherente con otra amplia variedad de fenómenos de índole socioeconómica, con los cuales en ningún caso entra en contradicción.

BASES SOCIOLOGICAS DE LA ABSTENCION

Son muy numerosas las razones que desde distintas ópticas han tratado de explicar las causas del retraimiento político del pueblo gallego, principalmente su llamativo volumen. Las más citadas hacen referencia a las adversas condiciones meteorológicas, al pésimo estado de las comunicaciones y a cierta pasividad innata atribuida al carácter del hombre gallego. Desde una perspectiva que toma más en consideración las características distintivas de esta sociedad se citan, entre otras, los errores del censo, la dispersión de la población, su elevado grado de ruralismo, etc. Sin embargo, y sin negarle cierta capacidad explicativa a las anteriores razones, pensamos que éstas se muestran radicalmente insuficientes para explicar en toda su extensión un comportamiento social de tal constancia y magnitud como el retraimiento electoral del pueblo gallego.

Tanto el mal estado de las comunicaciones (no privativo de Galicia) como las tópicas inclemencias del tiempo (la votación del Estatuto de Auto-

nomía estuvo acompañada durante toda la jornada de un tiempo que podríamos calificar de primaveral y, sin embargo, fue la consulta que arrojó el saldo abstencionista más elevado de la historia, con el 71,60 por 100 de media) no impiden al campesino realizar toda una serie de actos cotidianos que no revisten la trascendencia social que tienen las elecciones: haga el tiempo que haga y sea cual sea el estado de los caminos, la inmensa mayoría del campesinado continúa acercándose a la feria semanal y asistiendo a la misa dominical. En descargo —relativo— de los que sostienen las anteriores tesis, debemos reconocer que los dos comportamientos citados se ven recubiertos, en la comunidad aldeana, de hondos componentes rituales, así como de una fuerte presión social tendente a su observación. Además, la presencia en ellos constituye una de las escasas ocasiones en que el campesinado individual puede entablar contacto con los restantes componentes de su parroquia —misa— o de su comarca —feria— e intercambiar noticias, discutir problemas, etc.; es decir, romper el estrecho círculo familiar y relacionarse con el círculo más amplio en el que la familia se encuentra inmersa. Este cariz ritual no lo poseen todavía las convocatorias electorales y, en este sentido, la «obligación» socialmente impuesta de participar es vivida por la mayoría como escasamente imperativa, y, por tanto, la transgresión de esta norma tiene unas consecuencias sociales muy débiles o prácticamente inexistentes.

Otra razón frecuentemente citada (al margen de las que hacen referencia al carácter pasivo e indolente de los gallegos, razón esta que, desde nuestro punto de vista, no supera el rasero de la mera banalidad) es la que toma como base la peculiar distribución del hábitat que tiene lugar en Galicia y más concretamente la dispersión de la población que tal tipo de hábitat comporta. En el caso de Galicia no poseemos indicios que permitan afirmar la existencia de una relación entre tipo de hábitat y participación electoral. Los estudios que hemos realizado sobre esta cuestión indican que las áreas geográficas en las que la participación electoral es elevada —en relación a la media gallega— se distribuyen haciendo caso omiso de la dispersión del hábitat, y en caso de existir relación, ésta sería precisamente la inversa de la que comúnmente se afirma (hábitat disperso/baja participación; hábitat concentrado/alta participación). Abundando en esta cuestión diremos que la relación más estrecha que establece la abstención es con las formaciones políticas BN-PG y PSG, formaciones que, junto con UCD, son las que tienen su clientela más dispersa por todo el territorio gallego.

En nuestra opinión, el comportamiento abstencionista de los gallegos no responde a una causalidad única, sino que es el resultado de la interacción de variados factores. De entre éstos, el más importante y en torno

al cual girarían los restantes, es el mayoritario componente campesino que forma la sociedad gallega y, más concretamente, la particular forma de explotación de la tierra que éste mantiene. En el año 1970, casi el 50 por 100 de la población activa gallega estaba compuesta por campesinos, y si retrocedemos diez años, este porcentaje asciende a casi el 70 por 100. Si a la población considerada estrictamente como campesina se le añade aquella que, aun trabajando en el sector industrial o de servicios, mantiene en explotación sus parcelas agrícolas, llegan a representar la abrumadora mayoría de la población.

Una sociedad que está compuesta casi en su mitad por campesinos que tienen una forma particular de producir, en la que se toma la unidad familiar como célula básica tanto en el aspecto económico (propiedad de la tierra, mano de obra, producción y consumo) y social (atribución de *status*, delimitación de papeles, socialización y estratificación, etc.) como en el más amplio sentido de lo cultural (tradiciones, lengua propia, derecho consuetudinario específico, técnica ajustada a sus necesidades, distribución del hábitat en estrecha sincronía con la división en la propiedad de la tierra), constituye una sociedad profundamente atomizada, compuesta en su mayor parte por células familiares casi autosuficientes en el aspecto económico y con un extenso margen de autonomía en el cultural, que encuentran en su interior todo lo necesario para conservarse y reproducirse (tierra, mano de obra, capital y aparato cultural). Lo que la unidad de explotación familiar no encuentra en su seno se lo proporciona el círculo más amplio de la comunidad aldeana (mano de obra para algunas faenas concretas, trabajos que requieren cierta especialización y destreza, etc.) con la que la unidad familiar mantiene estrechos y complejos vínculos de parentesco.

El universo político-social en el que se desarrolla la vida de los campesinos se localiza en la parroquia, alcanzando como marco más amplio los límites de la comarca. Es en este marco en el que surgen, se desarrollan y encuentran solución la mayor parte de los conflictos y tensiones sociales que tienen lugar en una pequeña comunidad aldeana. Todo aquello que supere el ámbito comarcal es percibido por el campesino con un fuerte componente de irrealidad, aunque sea consciente de su existencia y de la influencia que ejerce sobre ellos. Como indica Eric Hobsbawn, «los campesinos son perfectamente capaces de juzgar la situación política local, pero su dificultad real está en distinguir los movimientos políticos más amplios que pueden determinarla» (1). Al ser tan vasta la autosuficiencia de la célula

(1) ERIC HOBSBAWN: *Los campesinos y la política*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1976.

familiar y tan débil la vinculación con «lo externo», la actividad política tiene generalmente una escasa incidencia en su acontecer cotidiano, lo que hace difícil la percepción y valoración de los cambiantes matices de la situación política, así como descubrir la interrelación existente entre sus intereses particulares y los actores e ideas protagonistas de dicha actividad. Efectivamente, el campesinado diferencia a la perfección los grandes cambios políticos, pero a *grosso modo* y con cierto retraso en el tiempo (democracia/autoritarismo, monarquía/república), lo que le resulta problemático es diferenciar y valorar los matices que van gestando y desarrollando cada una de las distintas situaciones, matices que en el mundo urbano son aprehendidos día a día.

Sin embargo, el cuadro que hemos trazado a grandes rasgos de la sociedad campesina gallega ya no se corresponde con el que realmente existe en la actualidad en numerosas comarcas gallegas. La «relativa autonomía» de la que gozaban las unidades familiares es cada día precisamente más «relativa», conservándose a su anterior nivel solamente en algunas zonas aún claramente atrasadas; la «especificidad» de su cultura, arropada en la generalizada utilización de una lengua propia, se está diluyendo progresivamente al entrar en contacto con la cultura urbano-industrial, inyectada masivamente a través de los medios de comunicación, las escuelas y los púlpitos.

Si en las presentes líneas hemos mantenido una consideración de la sociedad gallega que ya no se corresponde exactamente con la que en realidad existe, pues ante nuestros propios ojos está sufriendo un acelerado proceso de transformación económica y de cambio social (arrinconando así, en el cuarto trasero o en el interés de historiadores y antropólogos, la caracterización que hemos efectuado anteriormente de ella) se ha debido a que creemos que la explicación al comportamiento político mantenido en el presente por esta sociedad se encuentra todavía enraizado en los parámetros económicos, sociales y culturales existentes en ésta hace diez o veinte años, ya que, como es generalmente aceptado en las ciencias sociales, el proceso de cambio a nivel económico no implica necesariamente uno, paralelo y simultáneo, en las actitudes, comportamientos y creencias mantenidos hasta entonces por la sociedad en la que este cambio se desarrolla: los comportamientos y creencias socialmente arraigados se conservan, saltando por encima del tiempo y de los cambios políticos y económicos acaecidos, durante larguísimo períodos.

Si consideramos el proceso político electoral como una faceta de una política que viene claramente definida en términos ciudadanos, hecha por y para mentes y problemas urbanos, al afectar éstos solamente de una forma

colateral a la vida cotidiana de la gran mayoría —campesinado—, no es de extrañar la inhibición que demuestran ante una política en la que no ven plasmación posible a sus problemas y cuestiones más apremiantes.

Podríamos decir, a modo de resumen, que el retraimiento político del pueblo gallego se debe fundamentalmente a que el sistema político (y su concretización en actividad política) y el sistema social, no forman parte de la misma realidad, no constituyen un conjunto trabado e interrelacionado cuya suma forme un único todo social. El primero no es más que el reflejo —distorsionado— de una realidad social que, aunque engloba a la gallega, resulta sustancialmente diferente (urbano-industrial), produciéndose la honda dicotomía que se aprecia en el sistema social gallego considerado como un todo: la realidad socioeconómica de una gran mayoría de la población sostiene, necesariamente, relaciones de autonomía-independencia con el sistema político institucional imperante a nivel de Estado.

LA ESTRUCTURA DEL VOTO

Así como el retraimiento de gran parte de los gallegos responde a condiciones particulares, la participación no presenta perfiles diferenciadores. El grado de urbanización y la presencia significativa de agricultura a tiempo parcial (tipo de agricultura que recibe su nombre debido a que los propietarios de las explotaciones agrícolas compatibilizan el trabajo y la explotación de las mismas con empleos en la industria, en la pesca o en los servicios) nos explican el grueso del comportamiento participativo.

La sobrerrepresentación electoral de la que gozan las formaciones políticas de derecha, y la correlativa infrarrepresentación de las de izquierda, se puede considerar —al igual que el comportamiento abstencionista y por sus mismas razones— como la segunda característica más sobresaliente del comportamiento electoral del pueblo gallego, hasta tal punto que la conjunción entre los dos factores anteriormente citados permite particularizar y diferenciar con nitidez el comportamiento político-electoral de los gallegos del que es habitual en la mayoría de los países occidentales. No sólo los aspectos generales citados ponen de manifiesto la «particularidad» del comportamiento que en este aspecto sostiene el electorado gallego, sino que dentro de los grandes bloques electorales alternativos se detectan, a su vez, rasgos que apoyan la anterior calificación.

Generalmente es aceptado que las fuerzas políticas del mismo signo tienden a lograr sus niveles de aceptación más elevados en los mismos ámbitos geográficos. Si consideramos a Galicia como un todo único, la anterior

tendencia se observa con claridad; tanto UCD como AP (CD) alcanzan porcentajes de votación que sobrepasan ampliamente a los logrados en el resto de España. Sin embargo, esta tendencia deja de ser real tan pronto como dejamos de considerar a Galicia como un todo único y nos detenemos en la estructura de voto que se presenta a nivel municipal. A este nivel se pone de relieve una de las características más notables que manifiesta el comportamiento electoral del votante a formaciones de derecha y que, por la importancia que tienen en la determinación de la estructura electoral global, trasciende su ámbito estricto para afectar a la globalidad de la misma. Nos estamos refiriendo a que no sólo no se presenta una homogeneidad geográfica en la preferencia por partidos de derecha, sino que se manifiesta una clara tendencia a excluirse mutuamente: en aquellos municipios en los que UCD alcanza elevados porcentajes, AP no logra acercarse a su media gallega, dándose el mismo fenómeno a la inversa. La relación negativa que, según el análisis factorial efectuado sobre los resultados de las elecciones legislativas de 1977, une el voto a UCD con el voto a AP es del orden de $-0,641$ UCD, $+0,921$ AP.

De todas formas, la oposición que a nivel electoral enfrenta a estos dos partidos no se lleva a cabo de forma indiscriminada, sino que se localiza fundamentalmente en los municipios en los que los partidos de izquierda y los nacionalistas apenas consiguen presencia electoral (media inferior a la gallega); es decir, y como consecuencia de esto último, el voto del elector de derecha tiende a reflejar más fielmente las tendencias reales subyacentes en el hecho de la elección partidaria al valorar con menos intensidad la necesidad del «voto útil».

A ciertos niveles, cuya influencia en la determinación de la globalidad del fenómeno es difícil de precisar, la repulsión entre el voto AP y el voto UCD puede deberse a que el aparato caciquil, más o menos en bloque, se incline por uno u otro de los partidos citados. Esta hipótesis es perfectamente coherente con la plasmación geográfica de la lucha entre estas dos formaciones, tanto a nivel municipal como provincial. La mayor influencia de AP en la provincia de Lugo vendría dada por el fuerte ascendiente que sobre los aparatos de poder local tiene el líder de dicha formación, así como el predominio de UCD en Orense se explicaría, por lo menos en parte, en base a la elevada influencia que sobre estos mismos aparatos tienen conocidos líderes de esa formación.

Es previsible que en las próximas confrontaciones electorales tanto la gran influencia que detentan los aparatos del poder local como la dirección en la que se decanta esa influencia no varíe sustancialmente, ya que las funciones que cumple el aparato caciquil, y sobre las que basa su capacidad

de influencia (fundamentalmente la de hacer de instancia mediadora, o puente de unión entre la comunidad campesina y aquella más amplia en la que ésta se encuentra englobada, la urbano-industrial) seguirán siendo socialmente necesarias en un próximo futuro.

Podemos considerar la lucha entre las dos formaciones más representativas de la derecha como una manifestación de un comportamiento endógeno o característico de Galicia, ya que en estas elecciones AP no significó un problema sustancial para UCD en prácticamente ninguna otra zona de España; es decir, este comportamiento recoge una forma de expresión política característica de la derecha gallega. Era previsible, y así fue apuntado por numerosos comentaristas de prensa en los días siguientes a aquellas elecciones, que como consecuencia del escaso éxito alcanzado por AP a nivel de Estado, el conseguido en Galicia no se volvería a repetir, ya que se produciría una reconversión hacia UCD del aparato en el que AP había basado su éxito. Sin embargo, estas previsiones no se cumplieron. Años más tarde, en las elecciones legislativas de 1979, este factor endógeno adquiere mayor importancia: la derecha gallega no sólo no renuncia a apoyar a AP (CD), sino que este apoyo se amplía. UCD, que en las elecciones de 1977 había logrado en Galicia la mayoría absoluta de los sufragios, dos años más tarde la pierde y se sitúa en el 47,54 por 100 de los mismos. Por su parte, AP mientras que en el resto del Estado pierde apoyo electoral en Galicia lo incrementa, pasando de representar el 12,65 por 100 del electorado al 13,63 por 100 del mismo. Esta tendencia se asienta de forma definitiva en las elecciones al Parlamento Gallego, en las cuales AP se alza con el triunfo, relegando a UCD al segundo puesto a escasas enteros del PSOE.

En íntima conexión con lo que venimos exponiendo se encuentra otra de las grandes características que presenta el voto de derecha y que se refleja nítidamente en su plasmación geográfica. Nos referimos a la relación negativa existente entre aquél y la variable urbanización/concentración de la población. Debido a los elevados porcentajes que las formaciones de derecha alcanzan en el conjunto de Galicia, en las zonas más urbanizadas su presencia también es muy importante aunque muestran una notoria inflexión en relación a los ámbitos geográficos donde la variable citada no reviste una especial significación. Prácticamente ningún municipio de los que se ven afectados por los ejes industriales de La Coruña-El Ferrol y Pontevedra-Vigo presenta índices superiores a la media gallega de AP. En menor medida también UCD se ve afectada por esa variable. Si en vez de fijarnos en la estructura de voto a nivel municipal lo hacemos en la que se manifiesta en las siete ciudades más populosas de Galicia, el planteamiento an-

terior adquiere todavía mayor nitidez. En las ciudades en las que las formaciones de izquierda tienen una presencia relativamente fuerte, y la conflictividad social alcanza una cierta intensidad, los electores de derecha priman, aun dentro de la tendencia general de las ciudades a una menor votación a partidos de derecha, a UCD (elevada valoración del voto útil). Por el contrario, las que presentan unos índices menguados en las anteriores variables (Santiago de Compostela, Lugo, Pontevedra y Orense) superan la media gallega en su votación a AP. A nivel electoral el peso del enfrentamiento con las fuerzas de izquierda lo soporta UCD.

Sin embargo, en las elecciones al Parlamento Gallego estas coordenadas se trastocan completamente. De hecho, es el apoyo electoral recibido por AP en los mayores núcleos de población lo que constituye la base del triunfo de esta opción en Galicia, relegando a UCD a la consideración de partido agrario. En nuestra opinión la aceleración en la desafección del electorado hacia la alternativa representada por UCD y el brusco e importante impulso recibido por AP se debe, entre otras razones, a la conjunción de dos factores: por un lado, la negativa consideración social de los resultados obtenidos por UCD en la conducción de los asuntos del Estado y, más concretamente, de su gestión al frente de la Xunta de Galicia durante el período pre-autonómico, afectó de una forma mucho más intensa a los estratos urbanos de la población que a los propiamente rurales, ya que los primeros sostienen una relación más intensa y constante con los medios de comunicación y, al mismo tiempo, se encuentran en gran medida al margen de la influencia de los aparatos de poder local y de las fidelidades personales que pueden llegar a determinar la dirección del voto, de lo que se puedan encontrar los estratos campesinos, lo que les permite una expresión de voto más libre y menos mediatizada. Por el otro, la comprobación, por parte del elector que apoya a formaciones de derecha, del lento incremento reflejado en las urnas del peso de los partidos de izquierda, liberó en gran medida al voto del valor añadido de la «utilidad» posibilitando de esta forma una mayor libertad en la elección de una alternativa más acorde con sus valoraciones subjetivas.

Por su parte, el elector que se pronuncia por alternativas de izquierda, al contrario que el de derecha, mantiene un comportamiento que, aunque con algunas particularidades, sigue las grandes líneas del que se presenta a nivel de Estado. En términos generales, las zonas donde la votación a partidos de este signo logra cierta entidad, ésta suele responder a las mismas motivaciones que en cualquier otra área geográfica. La distribución provincial del voto no presenta sorpresas. Más o menos homogéneamente, los partidos de izquierda recaban resultados superiores en las zonas en que se

presentan índices de modernización elevados a los que obtienen en las restantes. La Coruña y Pontevedra se destacan claramente de Lugo y Orense en su apoyo a estas formaciones. Las zonas donde el PSOE logra sus porcentajes de apoyo más altos coincide con aquellas en las que también lo consigue el PC, aunque en distinto porcentaje.

El único partido de izquierda que, hasta cierto punto, mantiene un comportamiento particular en las elecciones de 1977 es el PSP. Excepto en Orense, en las demás provincias gallegas supera su media de votación a nivel estatal, siendo en la provincia de Lugo —posiblemente la más tradicional— en la que este partido alcanza su apoyo más sustancioso, el 5,46 por 100 de los sufragios. La explicación a este comportamiento puede radicar en la conjunción de dos factores: por un lado, bastantes líderes de este partido eran naturales de esa provincia, y por otro, encabezaban una opción que, dentro de la izquierda, no implicaba una opción radical, es decir, era un partido que ofrecía desde una posición progresista una imagen de templanza y serenidad muy valorada en una población que se encuentra enmarcada por unos parámetros profundamente tradicionales.

Al contrario de las formaciones de derecha, las de izquierda están estrechamente relacionadas con la variable urbanización/concentración de la población, así como con todas aquellas que dependen directamente de ésta: la agricultura a tiempo parcial, o lo que es lo mismo, la presencia en grado significativo de trabajadores simbióticos y una incipiente modernización en el comportamiento político.

Entre las formaciones políticas nacionalistas —las que circunscriben su ámbito de actuación al país gallego— parece existir una tendencia a la especialización en cuanto a ámbitos de incidencia electoral. El BN-PG, aunque con una cierta presencia en algunas áreas urbano-industriales, adquiere lo fundamental de su electorado en zonas claramente rurales; su relación con la variable urbanización se muestra muy débil, lo que produce que su voto se encuentre muy diseminado por la geografía gallega. El Partido Socialista Galego (Unidade Galega), por el contrario, recibe lo fundamental de su apoyo en áreas claramente urbanas: en el eje La Coruña-El Ferrol (en el cual logra sus más elevados porcentajes), Santiago de Compostela, Pontevedra y Orense.

El importante ascenso que en las últimas elecciones han mostrado las formaciones nacionalistas (con porcentajes de aumento que superan el 300 por 100 en el Bloque y el 200 por 100 en UG), aunque en las elecciones al Parlamento Gallego muestran una tendencia a estabilizarse, responde a las líneas más profundas del electorado gallego, líneas puestas de manifiesto en la mayoría de los estudios y encuestas realizadas en los últimos años. La

tendencia más favorable a estos partidos se localiza en el estrato de los gallegos parlantes, en el cual un 54,15 por 100 se muestra favorable a un partido de ámbito gallego. A su vez, según el lugar de nacimiento, se ponen de relieve las mismas tendencias: los que citan aldeas o villas muestran una opinión mucho más favorable a partidos de ámbito exclusivamente gallego que los nacidos en ciudades (2).

BASE ECONOMICA Y COMPORTAMIENTO POLITICO

En cierto modo existe siempre alguna conexión causal entre la actitud de un electorado en su conjunto y la base económica que soporta y genera esa misma sociedad. En efecto, una sociedad ligada mayoritariamente a la producción social mediante vínculos de carácter salarial, en principio y de forma genérica se manifiesta electoralmente mediante una mayoritaria presencia ante las urnas y, en ciertas ocasiones, con un voto inclinado hacia posiciones políticas de carácter reformista. Al mismo tiempo, un abanico mayoritario de relaciones salariales se traduce también en una población urbana en mayoría absoluta dentro del conjunto social, elevados índices de bienestar social y cultural, etc. En definitiva, todos los aspectos que caracterizan a las sociedades modernas, incluida también una participación en las urnas y una estructura de voto diversificada y pluralista en el tiempo.

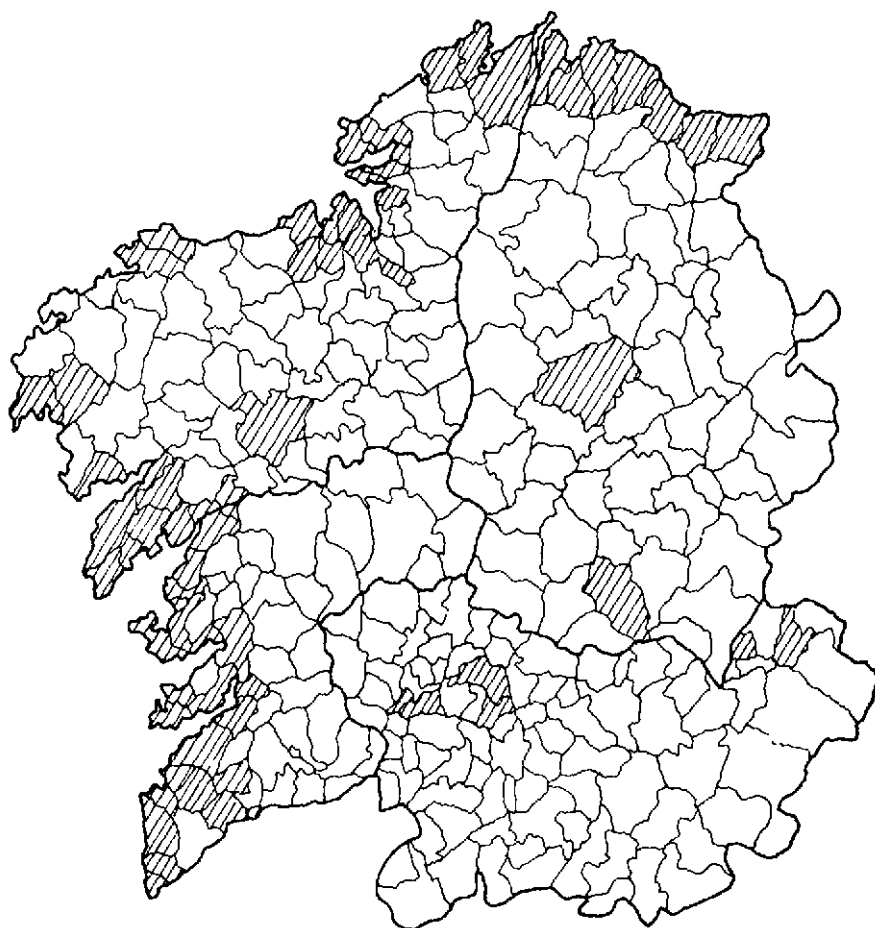
En lo que al electorado gallego se refiere, sabemos ya a estas alturas que su comportamiento no ha sido así, al menos en la época democrática inmediatamente anterior. Tampoco Galicia es, ni en lo económico ni en lo social o cultural, una sociedad moderna. Para el análisis del comportamiento político-electoral en Galicia y su relación con la base económica —relación que forzosamente habrá de existir— vamos a distinguir, aunque sólo sea en el plano de lo formal y didáctico, dos niveles distintos y, en la práctica, dialécticamente relacionados entre sí. Por un lado, la abstención masiva y, por otro, el predominio de las conductas de voto inclinadas hacia la derecha.

La abstención, al menos a nuestro juicio, es un fiel reflejo de la base económica de Galicia, base a la que representa e interpreta. Efectivamente, el tratamiento geográfico de la abstención —véase mapa— nos viene a recalcar un hecho social hasta ahora solamente intuido por los inquietos por el tema. Son exclusivamente las áreas costeras y algunos islotes interiores aquellas en las que la población vota en un porcentaje superior a la media

(2) XOSÉ P. VILARIÑO: *Las reivindicaciones autonómicas en España*, Ed. Do Castro, La Coruña, 1981.

GRAFICO 4

PARTICIPACION ELECTORAL SUPERIOR
A LA MEDIA GALLEGA, 1976-1980



regional, porcentaje que en muchos casos se mantiene todavía inferior al índice de participación española en su conjunto.

Como sabemos, es en esa área geográfica en donde predominan una serie de fenómenos sociales que es conveniente destacar. Entre estos últimos vamos a fijar nuestra atención básicamente en tres: la estructura de la pobla-

ción económicamente activa, el grado de amplitud de las relaciones salariales y la urbanización de la población.

Durante la década de los años setenta, el porcentaje de población activa agraria estaba comprendido en Galicia entre el 40 y el 50 por 100 de la población activa total —a su vez, casi un 40 por 100 de la población regional en su conjunto. La población dedicada a trabajos en el sector industrial-servicios (asalariados y no asalariados) sobrepasaba ligeramente el 50 por 100 de la activa total y, geográficamente, estaba situada en el área de participación electoral superior a la media gallega (advertimos al lector que este hecho no es una coincidencia casual sino causal). Además de este aspecto del problema, quisiéramos resaltar también otra faceta: la población que hoy está dedicada a labores no agrarias ha sido reclutada de la agricultura gallega durante los últimos años, trayendo consigo a estos otros sectores una estructura mental y política —una forma de ver la vida— que coincide más con lo agrario y rural que con lo industrial-servicios y urbano. Volveremos más adelante sobre el tema.

Otro punto sobre el que debemos reflexionar es el de la amplitud de las relaciones salariales en Galicia. Si en Cataluña, por ejemplo, la población asalariada abarca casi un 90 por 100 de la activa catalana, este porcentaje se queda, para España como un todo, alrededor del 70 por 100, y para Galicia no llega a alcanzar el 40 por 100 de la población activa regional. Esta es una cuestión, creemos, de vital importancia dentro del análisis que estamos realizando. El estar vinculado a la producción social mediante relaciones de tipo salarial significa estar vinculado al todo social y a los problemas más sobresalientes que se sirven en esa misma sociedad. Véase, a título de ejemplo, el incremento del nivel de precios (la inflación, el paro, la amplitud de las libertades y, más concretamente, de las sindicales, etc.; problemas, todos ellos en su conjunto, ligados a la vida política cotidiana. Pues bien: como hemos visto anteriormente, las poblaciones con preocupaciones de este tipo son en Galicia numéricamente escasas y aun así con matizaciones; es decir, no todo el contingente que integra este escaso 40 por 100 de asalariados sobre el total de activos tiene ligada su sobrevivencia a la remuneración salarial, sino que, por el contrario, un amplio porcentaje de estos asalariados —más de cien mil a principios de década— eran, al mismo tiempo que asalariados en la industria-servicios, propietarios de pequeñas explotaciones agropecuarias explotadas en régimen de agricultura a tiempo parcial. En otros términos: si la población asalariada en Galicia es numéricamente escasa —como reflejo del débil desarrollo económico, principalmente el industrial— el porcentaje se reduce al tener en cuenta la población simbiótica. Además, y como en el caso de la población activa, la población

asalariada gallega ha sido reclutada muy recientemente de la agricultura, conservando todavía una gran parte de la estructura mental y de las pautas de conducta que son típicas en la agricultura gallega más reciente (familiar y casi autárquica).

El tercer aspecto que quisiéramos resaltar es el que se refiere a la débil y casi insignificante urbanización de la población gallega. He aquí otra cuestión clave. Aunque parezca asombroso a los no iniciados, solamente el 23 por 100 de los gallegos habita en núcleos de población superior a los 10.000 habitantes (1975), núcleos que, a las siete capitales clásicas, habrá que añadirles Marín y Monforte. El problema de la débil urbanización de la población gallega —ligado a una agricultura mayoritariamente de autoconsumo y hábitats integrados por aldeas minúsculas y tradicionales— se deja traducir, y forma la otra cara de la moneda, en la inexistencia de una abultada población asalariada (destinataria principal de las ciudades) o, lo que viene a ser lo mismo, la débil presencia del sector industrial y servicios en Galicia con un segmento mayoritario de la población a su servicio. Como en los casos anteriores, debemos insistir, una vez más, en lo reciente del fenómeno urbano en Galicia (si es que se puede hablar de él), fenómeno alimentado principalmente por una población que sólo ha abandonado el área rural en los últimos años y, para eso, abandono parcial en numerosas ocasiones.

En definitiva, debemos subrayar que las plasmaciones geográficas correspondientes a los tres aspectos anteriores —la urbanización y la densidad de población, la generalización de las relaciones salariales y el área de reclutamiento de la población industrial y de servicios— constituyen unas áreas que coinciden tanto entre sí como con aquellas que presentan una participación en las urnas superior a la media de Galicia como un todo. Es decir, y no por una coincidencia geográfica, los cuatro aspectos anteriores están fuertemente entrelazados entre sí. De este modo, el comportamiento político en Galicia, en sus grandes rasgos, se hace eco y representación de las características más sobresalientes de la estructura económica regional.

Plantear el problema en estos términos, esto es, buscar y localizar las conexiones necesarias e imprescindibles entre la estructura económica regional y el comportamiento político-electoral del pueblo gallego, significa plantear el problema tanto a nivel estructural como a nivel histórico. Dicho en otras palabras, mientras la estructura económica gallega sea la que es y se siga identificando por las características que la anatemizan, el comportamiento político y, sobre todo, el electorado habrá de seguir siendo el mismo que hemos visto hasta ahora, con las variaciones típicas de cada coyuntura política.

Como conclusión parcial podemos afirmar que, dado el nivel medio de

abstención en Galicia, es el área costera y algún enclave interior el que sobrepasa esa cota de participación. La Galicia rural no alcanza esa participación o, lo que es lo mismo, se abstiene masivamente. Este fenómeno, como ya hemos visto, está directamente relacionado con las características que definen el proceso de modernización social, esto es, la urbanización de la población, las relaciones salariales, la industrialización-servicios y otros aspectos adláteres en Galicia.

A nuestro juicio, con una perogrullada aparente, se puede resumir toda la filosofía expresada hasta aquí en lo que se hace referencia a la explicación económica del comportamiento político de los gallegos: si el pueblo gallego se abstiene es porque puede abstenerse. Y puede abstenerse porque vive y produce en unas condiciones que le permiten inhibirse —o vivir inhibido— del entorno sociopolítico que lo engloba. En efecto, en el interior de la geografía gallega, excepto unos islotes muy concretos, predomina la actividad agropecuaria en su sentido más estricto y en su versión más tradicional. Millares de aldeas diminutas donde un campesino pobre y envejecido produce siguiendo unas pautas en las que todavía no se ha generalizado la tracción mecánica, en las que se desconoce la mayoría de los progresos técnicos, agronómicos y biológicos de la agricultura, donde los medios de comunicación social han penetrado muy lateralmente, etc., tienen que provocar una abstención masiva de estas poblaciones en los distintos comicios. Y así es. Un segmento mayoritario de nuestro campesinado se encuentra todavía enclavado en una situación productiva donde una proporción mayoritaria de lo producido se destina al autoconsumo. Y este esquema —el autoconsumo generalizado— se reproduce al margen de una situación política concreta (dictadura-democracia, por ejemplo) sin resentirse lo más mínimo. Todavía más; este esquema sitúa a la población en él introducida al margen de problemas concretos, incluso de aquellos de carácter político y económico. En definitiva, una población marginada del mercado capitalista —salvo ridículas cantidades de leche por explotación, que se colocan al borde de los caminos— es al mismo tiempo una población que puede coexistir y reproducirse orillando las instituciones típicas de la sociedad en que se encuentra subsumida.

El campesinado gallego —sector numéricamente mayoritario de la población regional— se abstiene en los comicios electorales porque, tal y como produce, satisfaciendo un segmento mayoritario de sus necesidades (vivienda y alimentación sobre todo) le es indiferente tal o cual régimen político y tal o cual gobierno: su cotidaneidad no se verá alterada.

En los otros sectores sociales —los de ubicación urbana— el problema no se plantea del mismo modo. Por ejemplo, la libertad o no de afiliación

sindical repercute sobre el nivel de salario y éste sobre el nivel de vida y bienestar. En contraposición al campesinado, el habitante urbano se ve afectado por toda la complejidad de la vida moderna (urbana): desde la inflación al tráfico, desde las libertades públicas al divorcio, etc.

El dinamismo social en la agricultura gallega entra precisamente por la misma vía por la que salen los productos del agro, principalmente la leche. A este respecto cabe recordar a última huelga registrada en Galicia, conflicto surgido a partir de la determinación del precio del producto. Este conflicto se resolvió mediante la salida de tractores a las carreteras, interrumpiendo el tráfico, y la consecuente fijación del precio por parte del Gobierno, punto y medio por encima de sus pretensiones anteriores. Llegados a este lugar es necesario hacer una serie de valoraciones. Por una parte, el parque gallego de tractores sobrepasa ligeramente las 40.000 unidades frente a un total de casi 400.000 explotaciones agrarias; es decir, de cada diez explotaciones, sólo una está mecanizada. Este porcentaje tan escaso indica que únicamente una mínima parte del total de explotaciones está realmente vinculada al mercado (lechero), de tal modo que son sensibles a la política económica que en cada momento se esté realizando sobre la agricultura. Por el contrario, el resto de las explotaciones permanecen ajenas e insensibles a los acontecimientos exteriores, incluso a una determinada política económica (precios) y social (subsidios) que les afecta muy superficialmente.

De este modo, la abstención se manifiesta como un reflejo directo de la estructura económica de Galicia, donde escasean las relaciones salariales, la población urbanizada e industrial-servicios, etc.; la abstención no es sino reflejo de una población mayoritariamente rural y agraria en la que predomina un régimen de autoconsumo generalizado, tanto desde el punto de vista del número total de explotaciones como desde la óptica de la producción total de cada explotación. Así, la abstención se muestra en su vertiente estructural, esto es, con permanencia y lógica a través del tiempo.

Además, no quisiéramos dejar este aspecto sin una última reflexión. La sociedad de autoconsumo rural anteriormente esquematizada, era absolutamente predominante en Galicia hasta ya muy avanzada la posguerra (casi los años sesenta), época en la que se observa una acelerada dinámica de transformaciones socioeconómicas en Galicia que le afecta profundamente: modernización de las estructuras agropecuarias, industrialización, urbanización de la población, etc., fenómenos que se producen en estas dos últimas décadas.

Ahora bien, la población que se ha visto afectada por toda esta problemática sigue conservando todavía los esquemas mentales y las formas de vida propias de su condición anterior (campesina), de tal modo que incluso

los hábitos políticos y sociales de una gran parte de la clase obrera gallega son más propios de un campesino que de un proletario fabril. Así, debido a su reciente extracción rural y agraria, el comportamiento político coherente con el minifundio agrario de autoconsumo en propiedad (la abstención) sobrepasa su propia geografía, invadiendo y haciendo suyo un segmento importante de las poblaciones urbanas y semiurbanas.

En lo que se refiere al segundo aspecto relevante en el análisis del electorado gallego, la explicación es ya mucho más compleja. En efecto, tratar de adentrarse en el estudio de un voto mayoritariamente inclinado hacia la derecha (es decir, la suma aritmética de UCD y AP) significa adentrarse en los terrenos de la captación política y su materialización en Galicia. Si la naturaleza y volumen cuantitativo de la abstención están relacionados con la forma de producir del campesinado gallego (cuantitativamente mayoritario), la presencia de una estructura de voto escorada hacia la derecha se explica sobre todo en función del carácter «propietario de sus medios de producción» que se puede aplicar no sólo al campesinado, sino también a un sector artesanal o cuasi artesanal extendido por el sector industrial (pequeños talleres explotados en régimen parafamiliar) y por el sector servicios (pequeños comercios y establecimientos de hostelería y alimentación). Este sector social —el de los pequeños propietarios—, al mismo tiempo en que es numéricamente mayoritario refleja la estrechez de una población asalariada en Galicia. Es, por así decirlo, el reverso de la moneda. Y la coaptación se expresa precisamente por la posibilidad de identificar los intereses de este amplio sector social con los del gran capital financiero e industrial a través del mensaje político de los partidos de derecha y la estructura caciquil *ad hoc*, mensaje político que hace hincapié en la iniciativa económica privada como símbolo y bandera del conjunto de libertades democráticas, en el derecho a la propiedad individual —por raquítica y ruinosa que ésta sea—, como un derecho sagrado e inalienable, etc., y el peligro a perder todo ello como contraposición diferenciadora del mensaje de los partidos políticos de izquierda. La captación política de estos sectores propietarios de sus medios de producción se verifica a través de un mensaje y de una estructura política que los suma a la derecha, precisamente en la medida en que recoge, al menos sobre el papel, aquellas preocupaciones e inquietudes que los identifica, elementos de los que la cultura actual está repleta (ideas como la de paz, progreso, orden, tranquilidad, seguridad, etc., son dominio casi exclusivo del patrimonio político de la derecha y del acervo cultural del propietario pequeño-burgués).

Pero este proceso de coaptación, asimilación o anexión política, no permanece solamente en el plano propagandístico y/o electoral. El proceso se

alimenta día a día con una política económica que, salvo en raras ocasiones, favorece globalmente los intereses de estos sectores tomados en su conjunto. Mecanismos como el de la Seguridad Social y, por citar otro ejemplo, el de la fijación de precios indicativos, funciona en la práctica como un verdadero cebador mediante el cual, los grupos económicamente hegemónicos, trasvasan hacia estos sectores socialmente intermedios un enorme volumen de recursos financieros.

El ejemplo más claro, si es que hace falta un ejemplo, lo constituye el de la determinación de precios indicativos. Supongamos tres productos bien dispares y representativos, al menos en España, de tres grupos sociales muy diferentes: las tarifas eléctricas, los precios de la leche y la remuneración de la mano de obra. Las empresas eléctricas (léase los principales bancos españoles) generalmente incrementan sus tarifas en época de inflación muy por encima del índice general de precios, índice que se equipara al incremento del precio de la leche y no se llega a alcanzar en la actualización de los salarios. Este esquema, donde el capital financiero se lleva la parte del león, el campesinado la del ratón, y la clase obrera paga la factura, funciona como una auténtica vía de coaptación política en la cual el campesinado se incorpora al poder político, social y económico, aunque sea de modo subsidiario y subordinado —pero se incorpora—, participando ventajosamente de él, al menos en relación a otros grupos sociales próximos que resultan mucho menos favorecidos. Sin duda alguna, del volumen e inclinación de este sector de pequeños propietarios y de las clases medias depende el equilibrio y el signo político de los gobiernos. Y este esquema, aunque simplificado, funciona en Galicia respecto a la derecha (española).

En síntesis, y para finalizar, quisiéramos recalcar las dos ideas centrales expuestas anteriormente. La primera, aquella que se refiere a la necesaria y directa vinculación entre una producción y una «mentalidad» de autoconsumo con el fenómeno político de la abstención. La segunda, el carácter de propietario pequeño-burgués de un segmento, también mayoría absoluta dentro de Galicia, con una tendencia de voto inclinada hacia la derecha.